

se aprovecha como la ha aprovechado Abd-el Krin, que cursó estudios en nuestras escuelas de Ingenieros.

No ha preocupado a los Gobiernos españoles, ni por un momento, la cristianización de Marruecos, la evangelización, la conquista espiritual religiosa de los infieles, y unidos éstos por el vínculo más poderoso que es la religión, ¿qué ha de esperarse de quienes están separados de nosotros por unas creencias religiosas que les impone el odio al «perro cristiano»?

Antes de seguir queremos dejar aquí anotado el sensible descuido de que la prensa se ha quejado, de enviar, en estos tiempos de rapidez, los ejércitos a Melilla hasta sin sus capellanes correspondientes. Advirtiéndolo, que no han faltado capellanes castrenses que ganen la laureada de San Fernando en acciones de guerra realizadas en Africa. Ante estas consideraciones, el articulista Mirabal, con muy sobrada razón, continúa diciendo:

«¡Qué diferencia entre la labor españolista de aquel padre Lerchundi y la influencia y autoridad de los frailes franciscanos, a lo que hacen los elementos civilizadores, que sólo ven la civilización en el tráfico y en las exposiciones de productos y en los negocios mercantiles!

¡Nuestra influencia! Más bien diríase que los influenciados de mahometismo son los europeos que en Africa se establecen: respetan la Mezquita, adoptan las costumbres, visten la chilaba, se cubren con el fez, toman el té en cuclillas...»

Y es que no puede ser de otro modo, padecemos una educación acomodaticia enervante en España y somos hasta tal grado menguados en nuestros liberales procedimientos, que, en lo que toca a religión, no dudamos ser, en efecto, más influenciados que civilizadores. Los negocios del Padre Lerchundi y de su no menos apostólico continuador el Padre Cervera, no tienen relación, ni desde muy lejos, con los negocios mercantiles que obligan a muchos a *vivir a lo moro* en Africa y en España.

Y porque así es, desgraciadamente para el Mogreb y para nosotros, y para la cultura y la civilización mundial, se impone y se impondrá cada día con más urgencia la hermosísima conclusión con que el atinado articulista de quien copiamos termina su trabajo. Dice así:

«En Marruecos no es posible otra política—ya que tanto se habla de la Reina Católica y de su testamento, prodigiosa visión del porvenir que estamos tocando—que aquella política que la reina Isabel siguió en sus estados de la Península, para dar la paz a su reino.

»Mientras los moriscos y los judíos no fueron expulsados de España, no hubo paz. Mientras no se alejó de la nación a sus enemigos naturales, la paz no fué posible.

»Como no será posible jamás la paz mientras frente a las banderas cristianas se alce el pendón verde del Profeta. Es decir, mientras la civilización española no penetre por donde debe penetrar: ahuyentando las sombras del error religioso de las inteligencias y llenándolas de la luz del Evangelio.

»Por algo los soldados de España que embarcaron con rumbo a las playas de América, llevaron consigo para realizar aquella epopeya tanto